

**EL DISTRITO DE SINISTRA, DE ÁDÁM BODOR:
UN CUENTO DE HADAS SOBRE EL TOTALITARISMO***

Antònia Escandell Tur
Universidad de Barcelona

La editorial Acanalado lleva ya varios años descubriéndonos autores centroeuropeos de calidad remarcable, como Eginald Schlattner (1933), autor de la novela *Guantes Rojos* (*Rote Handschuhe*) y perteneciente, al igual que Ádám Bodor, a la minoría húngara asentada en Transilvania, o como Filip Florian (1968), cuya ambiciosa novela *Dedos meñiques* (*Degete mici*) supuso también su debut literario en Rumanía. Del propio Bodor ha publicado, además, *La visita del arzobispo* (*Az érsek látogatása*), novela que ha acabado de afianzar la importancia de este autor que escribe en lengua húngara pero cuyos relatos evocan una historia y una geografía inequívocamente rumanas. Todos estos títulos editados con sumo cuidado, en traducciones rigurosas y de gran calidad; buen ejemplo de ello es *El distrito de Sinistra* (*Sinistra Körzet*), de cuya traducción es responsable Adan Kovacsics, ganador del VII Premio de Traducción Ángel Crespo por este excelente trabajo.

El interés, muy novedoso, por una literatura centroeuropea que se va abriendo camino en el mercado editorial español con paso lento pero firme no es casual. Pero, si bien en el caso de la literatura húngara escritores como Sandor Marái habían allanado el terreno a esta nueva hornada de autores de gran calidad (a los mencionados cabría añadir otros nombres, como Meter Esterházy o László Krasznahorkai, y aún quedarían muchos), no es menos cierto que la literatura escrita en Rumanía prácticamente carece de precedentes cuyo reconocimiento internacional haga las veces de carta de presentación. Y sin embargo existe una literatura rumana contemporánea que arranca del surrealismo más nihilista (aunque éste a menudo adoptara la forma de otras lenguas; existe la creencia de que el término *dadaísmo* tiene su origen en el adverbio de afirmación rumano *da*), aquel que, con Tristan Tzara a la cabeza, encuentra en dramaturgos como Eugène Ionescu o escritores como Max Blecher sendas vías de desarrollo hacia el retrato del absurdo subyacente en el tedio cotidiano o hacia la expresión de un profundo desarraigo existencial, respectivamente. A este potente substrato cabe añadirle la importancia de la obra de Franz Kafka, en cuyos laberintos la mayoría de escritores

* Ádám Bodor: *El distrito de Sinistra*, Adan Kovacsics, trad., Colección Narrativa del Acanalado, Editorial Acanalado, Barcelona, 2003 (2009, 2ª ed.), 208 pp. ISBN: 978-84-96136-10-6.

centroeuropeos parecen haberse adentrado con mucha más naturalidad de lo que suele hacerse en Occidente.

Si a todo ello sumamos la historia reciente que tienen en común los países pertenecientes al antiguo bloque soviético, caracterizada por regímenes totalitarios deshumanizadores y feroces censuras, el resultado es una literatura potentísima. Una de sus muchas vertientes encuentra acomodo en lo que Carolina Díaz ha denominado con acierto «fábula del gulag», y que la autora define como «subdivisión menos placentera del realismo mágico [...] que ha sido cultivada con celo por varias generaciones de escritores, desde Ismael Kadaré hasta Lazlo Krasnahorkai, en los Estados del Pacto de Varsovia»¹ y de la cual en la literatura rumana podríamos encontrar ejemplos en autores tan notables como Daniel Bănulescu o Lucian Dan Teodorovici. En efecto, algo tienen en común la fábula del gulag y el realismo mágico: la presencia de elementos sobrenaturales percibidos por los personajes como parte de la normalidad es constante, pero ese aire onírico que caracteriza el paisaje de Sinistra tiene una calidad correosa que en todo caso cabría emparentar con la atmósfera tóxica y desesperanzada de la Santa María de Juan Carlos Onetti. Ádám Bodor parece utilizar (como lo hace también magistralmente otro escritor de sensibilidad análoga, el checo Bohumil Hrabal) el mismo lenguaje eufemístico, inocentón e insoportablemente optimista de la propaganda del régimen. Pero lo que empieza siendo mera descripción de escenas idílicas propias del bucolismo rural en que solía abundar dicha propaganda acaba por mostrar a unos personajes crueles sin excepción, que se saben simple utillaje del aparato represor y que, a merced de los caprichos de éste, viven sumidos en la miseria y entregados a tareas cuanto más absurdas e inútiles. Y la bucólica escena se torna en pesadilla sin variación aparente del tono amable, delicado, casi infantil, a menudo tierno y muy lírico, helando la sonrisa de un lector confiado que se ve sorprendido por comportamientos de inquietante ignominia.

Un hombre sin identidad, protagonista y narrador del relato, viaja a la zona conocida como distrito de Sinistra en busca de su hijo adoptivo, a quien ha localizado después de largo tiempo sin noticias. Béla Bundasian, el mencionado hijo «de nombre memorable»², se encuentra recluido en una suerte de reserva natural protegida —que hace las veces de colonia penitenciaria— a causa de un crimen que no ha cometido. Pasará tiempo hasta que el

¹ Carolina Díaz, «Fábulas del “gulag”», *El País*, *Babelia*, edición digital: <http://elpais.com/diario/2003/09/27/babelia/1064620216_850215.html>.

² Javier Muñoz, «Ádám Bodor o el distrito de Sinistra», en *El grito en el cielo*: <<http://elgritoenelcielo.wordpress.com/2010/05/03/adam-bodor-o-el-distrito-de-sinistra>>.

protagonista, rebautizado con el nombre de Andrei, logre reunirse con Béla. Mientras eso no ocurre, se suceden los episodios –cada capítulo del libro se podría leer casi como un cuento independiente— en los que el narrador cede protagonismo a los diferentes personajes que componen la compleja sociedad de Dobrin City, la aldea de la reserva –que recibe de Andrei este irónico apelativo—, zona fronteriza y encrucijada de culturas. El privilegiado emplazamiento de la región hace de ella un epicentro cultural (en algún momento se nos dice que por esa zona se habla rumano, húngaro, alemán, ucraniano y algún que otro dialecto) que contrasta fuertemente con la sordidez del sistema social cerrado y opresivo que la rige. Es la primera y perturbadora muestra de cómo belleza y aberración coexisten de manera armónica en la mirada de Bodor: «el *gulag* como jardín de las delicias»³, en palabras de Carolina Díaz. La exuberante belleza de los espacios abiertos se nos describe con la misma exquisita sensibilidad con que se detallan las claustrofóbicas y miserables viviendas de los vecinos de Dobrin; igualmente bello e impactante resulta el lirismo de cierto gusto *povera* que destila la descripción del «manantial zumbador», un arroyuelo así llamado a causa de que «el viento hacía canturrear día y noche las botellas vacías tiradas entre las ortigas»⁴. Pero este efecto perturbador se percibe no sólo en las descripciones sino también en otros momentos del relato especialmente significativos. Así, el extraordinario caso de la amante de Béla Bundasian, Cornelia Illarion, cuyo «nombre, que en su día perteneciera a un hada lasciva ahora lo llevaba, por qué negarlo, un animal». Cornelia, en efecto, es diagnosticada de locura y encerrada en un sanatorio de Sinistra. Andrei acude al sanatorio años después y en lugar de aquella espléndida mujer encuentra, «bajo un desastrado anorak, un ser peludo, todo vello, todo pelo», que es incapaz de reconocer su propio nombre tras haber recibido “un tratamiento contundente»⁵. Otras maniobras de clara intención represora se describen como si formaran parte de la normalidad cotidiana: «Desapareció la peluquería de Dobrin City y cerró también la taberna; clausuraron todos aquellos establecimientos donde la gente podía hablar mientras esperaba»⁶. En ocasiones, la voz narradora adopta un tono de una ingenuidad que al lector le resulta inadmisibles, como sucede en el episodio de la supuesta pérdida de la documentación (falsa) de Andrei, hecho que sirve de excusa para expulsarlo de la región. Ante tal noticia, Andrei deduce que «no era de excluir que alguien, considerando inútiles los documentos, les

³ Carolina Díaz, *op. cit.*

⁴ Ádám Bodor, *El distrito de Sinistra*, ed. cit., p. 93.

⁵ *Ib.*, pp. 129-131.

⁶ *Ib.*, pp. 37-38.

prendiera fuego o los tirara, aunque también era concebible que se destruyeran solos»⁷. Un paso más allá en este proceso de enmascaramiento de los hechos lleva a la pura distorsión, como el episodio en que el personaje llamado Géza Hutira se disculpa ante la coronel Coca Madovrin por haber perdido una oreja en un accidente o aquel otro en que la propia coronel explica cómo Zoltán Marmorstein, el antiguo peón caminero, «tuvo la osadía de expulsar sus intestinos»⁸.

La galería de personajes, algunos de los cuales hemos mencionado más arriba, es tan extravagante como humana, tan improbable como verosímil: la coronel Coca Madovrin ejerce su autoridad –en la que caben la tortura y el asesinato— de manera tiránica y caprichosa, pero es, a la vez, una mujer frágil (*cocă* en rumano es un apelativo cariñoso que se usa para designar a las niñas pequeñas) que en un momento dado confiesa al protagonista su cansancio y, ante la advertencia de Andrei de que «no es bueno que la señorita me confíe sus secretos» se disculpa: «se me ha escapado»⁹, y que muere congelada como un pajarito tras haberse quedado dormida en el bosque.¹⁰ El Gallo Colorado, el cantinero Nikifor Tescovina, el meteorólogo Géza Hutira, Severin Spiridon, los hermanos albinos Hamza Petrika, el camionero turco Mustafá Mukkerman —que atraviesa la frontera una vez por semana y a veces esconde algún fugitivo entre la carne congelada que transporta en su camión—, el enano Gábríel Dunka, cuya profesión consiste en empañar cristales a fuerza de frotarlos con arena y que ha vendido su cuerpo al Museo de Historia Natural –por lo que vive con el temor de que no se lo quieran reclamar antes de muerto— son sólo algunos de los habitantes de Sinistra. Todos ellos seres doblegados por la tiranía de los dominantes, a pesar de lo cual cultivan con entusiasmo sus variopintas extravagancias –la única parcela de libertad de que disponen— y cuya extrema humanidad reside en que son capaces, sin conflicto aparente, tanto de los mayores heroísmos como de las más zafias traiciones. Mención aparte merecen las mujeres en esta historia: Aranka Westin, Bebe Tescovina, Cornelia Illarion, Elvira Espiridon e incluso Coca Mavrodin son seres animalizados, privados de voluntad, que sufren las consecuencias de decisiones ajenas y de un azar que por norma general les es adverso.

⁷ *Ib.*, p. 45.

⁸ *Ib.*, p. 76.

⁹ *Ib.*, p. 70.

¹⁰ No está de más reproducir aquí el episodio de la muerte de Coca Mavrodin, quizás uno de los párrafos más líricos del libro: «Se durmió sentada en el bosque y allí la sorprendió la lluvia plúmbea; inmóvil tal mariposa durmiente, se quedó congelada bajo el cristal de las gotas de hielo que se fueron depositando sobre ella. El viento derribó luego el bloque de hielo, lo deshizo en fragmentos que acabaron derritiéndose. En el lugar sólo quedó un montón de trapos que olían a insecto, mojados y salpicados de estrellas, las que correspondían al rango de coronel», *ib.*, p. 56.

La misma estructura de la novela, en la que los saltos temporales son frecuentes, da cuenta del tiempo solapado, de la repetición obsesiva y monótona propia de un microcosmos cerrado como es el del gulag. El paraguas «huérfano y vagabundo del difunto encargado forestal»¹¹ Puiu Borcan, que planea a menudo sobre la ciudad de Dobrin «cual si fuese un murciélago solitario»¹² enmarca la historia y le confiere matices de fábula, una sensación de irrealidad semejante a la que invade al protagonista cuando vuelve a Sinistra, muchos años después, para saldar una deuda. El mismo murciélago de «alas deshilachadas»¹³ recibe ahora a Andrei. Convertido en un forastero, sólo encontrará alivio a la angustia de un pasado que vuelve como si de una alucinación se tratara cuando descubra el rastro dejado por sus propios esquís, tiempo atrás, petrificado en las laderas de los montes de Sinistra: «Cierta agradable sensación de calor me recorrió el cuerpo: con todo, no me marchó de este paisaje sin dejar huella»¹⁴.

Ádám Bodor, perteneciente a la minoría húngara asentada en el territorio rumano de Transilvania, fue detenido siendo apenas un adolescente por la policía secreta del régimen a causa de su militancia anticomunista, y más adelante sufrió, en tanto miembro de una comunidad minoritaria en Rumanía, las consecuencias de sus políticas nacionalistas. Hoy en día es un escritor consagrado en Hungría, donde tiene unas diez obras publicadas, la mayoría de ellas traducidas a otras lenguas, y reside en Budapest. A la pregunta por las razones de su elección estilística, ha respondido: «Esto corresponde a mi pensamiento estético. Así miro al mundo. Las décadas de la tiranía fueron para mí también años llenos de belleza, lirismo y fábula. Sólo había que descubrirlo. Pertenecen a mi vida y a mi obra»¹⁵.

¹¹ *Ib.*, p. 36.

¹² *Ib.*, p. 50.

¹³ *Ib.*, p. 201.

¹⁴ *Ib.*, p. 205.

¹⁵ Cecilia Drey Müller, «La monotonía de una dictadura está llena de experiencias», entrevista a Ádám Bodor: <http://elpais.com/diario/2003/09/27/babelia/1064620214_850215.html>.